

La imagen que teníamos hasta entonces de la literatura nacional era una especie de foto fija –foto de familia– en la que sólo cabían, inamovibles, los grandes nombres del pasado y pocos más, como si las generaciones siguientes vivieran en un eterno *complejo de Peter Pan*, en la adolescencia siempre adolescente de la irrealizable promesa.

La imagen de la literatura costarricense ya no será inalterable ni se reducirá a los *clásicos* de los años cuarenta –Carlos Luis Fallas, el célebre autor de *Mamita Yunai*; el narrador y traductor de Shakespeare, Joaquín Gutiérrez; y el novelista y cuentista Fabián Dobles–, pero tampoco a un grupo generacional ni a una tendencia específica. Hurtado y Duncan, junto con Carmen Naranjo, son los narradores más importantes de la década de 1970. Julieta Pinto, a la que biográficamente sólo la separan unos años de la generación de 1940, es parte de este grupo que indaga en las entrañas de una revolución igualitaria que no sucedió. No por casualidad su novela más lograda es muy posterior y se titula *El despertar de Lázaro* (1994).

Un examen somero de los últimos años de novelística apunta a la definición de una agenda ideológica diversificada, plural y crítica: *María la noche* mata a la madre y a la familia y prueba todas las formas de la relación sexual; *Asalto al paraíso* (1992), de Tatiana Lobo, interpela la historia oficial al contar la decapitación del líder de la principal rebelión indígena colonial; la novela de aprendizaje *Los susurros de Perseo* (1994) y *Paisajes con tumbas pintadas en rosa* (1999), de José Ricardo Chaves, nos aproximan a la literatura *gay* y al sida; *La loca de Gandoca* (1992), de Rossi, y *Única mirando al mar* (1993), de Fernando Contreras, vehiculan la denuncia ecológica desde estrategias narrativas radicales. Esta última, así como *Los peor* (1995), del mismo autor, *El emperador Tertuliano y la legión de los superlimpios* de Rodolfo Arias (1991), *Si trina la canaria* (1999) de Uriel Quesada y *Los dorados* (1999) de Sergio Muñoz, incursionan en el mundo violento y despiadado de la «tribu» urbana –más que ciudad– de fines de siglo, recrean personajes marginales y reclaman la autenticidad de la jerga *lumpen*.

*Cruz de olvido* (México, 1999), de Carlos Cortés, «logró darle una imagen política al fin de siglo latinoamericano. Se trata de una entrañable y severa versión de la desintegración de las ilusiones revolucionarias en la América Central», en palabras del crítico peruano Julio Ortega. *Desconciertos en un jardín tropical* (1999), de Magda Zavala, descompone la euforia ideológica de la izquierda intelectual de los setentas.

*El año del laberinto* (2000), de Tatiana Lobo, desvela los misterios en torno a los crímenes sangrientos contra la mujer, a finales del siglo XIX, y Anacristina Rossi prepara una interminable saga que va de la conquista de

América al personaje, a la vez mágico y bufonesco, del líder jamaiquino Marcus Garvey, el «Moisés negro».

Todas estas obras apuestan a una desmitificación de la Costa Rica turística, fija como una imagen de almanaque, y se aventuran por primera vez fuera del paraíso imaginario. Entrecomillan el paraíso y pretenden expulsar a sus lectores de un arquetipo que ya se cae a pedazos. Esta nueva narrativa –título siempre sospechoso– es una literatura fronteriza o en los límites de la escritura consensual, en los resquicios del silencio –catacumbas de adobe– en el que se dirimen los miserables conflictos en este país pequeño/infierno grande/purgatorio modesto que sigue siendo Costa Rica.

